

Referencias bibliográficas

- Judit. El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia. Página Web del Vaticano. Traducción argentina. 1990. http://www.vatican.va/archive/ESL0506/_PQF.HTM
- de Miguel, P. Por mano de una mujer. Sobre el Libro de Judit. Vida Nueva 2319. 2002.
- Doré, D. El libro de Judit o la guerra y la fe. Ed. Verbo Divino. 2006.
- Navarro, M. El libro de Judit, en J. M. Sánchez Caro (ed.), Historia, Narrativa, Apocalíptica. Estella. 2000.
- Nueva Biblia Española. Traducción dirigida por Schökel y Mateos. Ed. Cristiandad. Madrid. 5ª reimpresión. 1993.
- Paulino Ayuso, J. Judit, heroína liberadora o mito trágico: su figura en el teatro español en un siglo. Revista suiza de literaturas románicas: fascículo español. Band (Jahr): 56. 2009.
- Storniolo, I. Cómo leer el Libro de Judit. La viuda que salvó a su pueblo. Ed. San Pablo. 2006.
- Tabet, M. A. Introducción al Antiguo Testamento I: Pentateuco y Libros Históricos. Ed. Palabra. 2004.
- Varo, F. Antiguo Testamento: Libros Históricos. Ed. Universidad de Navarra. Pamplona. 2002.

La antropología filosófico-teológica de Eugenio d'Ors

(a partir del estudio de José Luis L. Aranguren)

Rev. Aragón. Teol. 41 (2015)

Carmen Herrando

Y, en efecto, una 'filosofía' que demanda –y ofrece– amistad y diálogo, aprendizaje y heroísmo, inteligencia y pasión de saber, previsión serena y ocio antiguo, alegría y oración, sencillez, continuidad, vocación y misión; una 'filosofía' que muestra la existencia del pecado y la existencia y asistencia de los Ángeles, debería ser verdadera, siendo tan útil.¹

José Luis L. Aranguren

Cuando, en los años cuarenta del siglo pasado, José Luis López Aranguren estudia la filosofía de Eugenio d'Ors, lo que más llama su atención es la convergencia de tres centros de interés en el gran pensador y hombre de letras: el hondo catolicismo, la atracción por la filosofía y su gusto por la expresión literaria².

Eugenio d'Ors fue un hombre emblemático, de fuerte personalidad y erudito como pocos, con un pensamiento original al que José Luis Aranguren trató de “dar forma” mediante cierta sistematización, trabajo que le valió la aprobación y la amistad de quien se convertiría en su maestro. Eugenio d'Ors nació en Barcelona en 1881. Tres etapas jalonan su vida, como destaca José Luis Abellán: la que abarca los períodos de la infancia, juventud y primera madurez, y se prolonga hasta 1920; una etapa internacional y europea, que se extiende hasta 1936; y una tercera, a la que denomina “etapa nacional-sindicalista española” y que comprende los años restantes hasta su muerte en Vilanova i la Geltrú en 1954³.

En esa primera fase de su vida, Eugenio d'Ors estuvo muy vinculado a Cataluña y al movimiento *noucentista*. En 1906 inició los artículos de su *Glosari* en *La Veu de Catalunya*, que después seguiría en otros periódicos de tirada nacional (*El Debate*,

1 ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d'Ors*, (vol.1 de las *Obras Completas*, Trotta, Madrid, 1994), 129.

2 ABELLÁN, José Luis, Introducción a *La filosofía de Eugenio d'Ors*, de José Luis L. Aranguren (Espasa-Calpe, Madrid, 1982), 39.

3 ABELLÁN, José Luis, *Historia crítica del pensamiento español* (vol. 7, Círculo de lectores, Barcelona, 1992), 134. Destacamos el capítulo XXIII, “La obra filosófica de Eugenio d'Ors: del catalanismo a la mediterraneidad”, pp. 132-152, así como la citada Introducción a *La filosofía de Eugenio d'Ors*, de José Luis Aranguren.

ABC) o en *Arriba España* de Pamplona, durante la Guerra Civil. Los escritos en catalán solía firmarlos con el pseudónimo *Xènius*, por eso era también conocido con ese nombre. “El periódico –escribe Abellán– fue para él la cátedra, como fue también palanca de acción política: dos actividades que siempre entendió estrechamente unidas y que formaban parte de su Heliomaquia”⁴. En la etapa de gran vinculación con Cataluña, Eugenio d’Ors fue Director de Instrucción Pública y Director del Seminario de Filosofía del *Institut d’Estudis Catalans*, durante el mandato de Prat de la Riba en la Mancomunidad Catalana. Pero cuando llegó Puig i Cadafalch, d’Ors fue destituido; abandonó Cataluña en 1923 y se estableció en Madrid. Prat de la Riba moría en 1917, cuando tuvo lugar la Revolución Rusa, y ambos acontecimientos marcarían la vida del gran hombre de letras: el primero, por el cambio vital que le supuso, y el segundo, porque le llevó a interesarse por el mundo obrero y a pensar un nuevo sindicalismo, que después tomaría cuerpo en el pensamiento obrero de Falange Española.

La segunda etapa de la vida de Eugenio d’Ors, de proyección internacional, la configuran sus viajes a Argentina y Uruguay, que le llevaron a captar la dimensión amplísima de la lengua española, y su nombramiento en la Sociedad de Naciones, en París, como representante del Instituto de Cooperación Intelectual, durante el mandato de Primo de Rivera, en 1927. Ese mismo año ingresaba en la Real Academia de la Lengua, aunque hasta 1938 no leería el discurso oficial de ingreso. Eugenio d’Ors se calificaba entonces de “católico errante”, porque como tal se veía. Fue en esta etapa cuando comenzó a publicar su *Glosario* en español y emprendió su labor como profesor de Ciencias de la Cultura en la Escuela Social de Madrid.

Durante la guerra civil, Eugenio d’Ors ingresó en Falange Española⁵ y se vinculó al Movimiento Nacional del general Franco, en cuyo seno desarrolló una importante tarea cultural. Comenzaría encargándose del Instituto de España (organismo coordinador de las Reales Academias), para ser después nombrado Jefe Nacional de Bellas Artes.

4 ABELLÁN, José Luis, *Historia crítica del pensamiento español*, tomo 7, 142. Heliomaquia significa “combate por la luz”; en lucha por la claridad viene a consistir el meollo del pensamiento orsiano.

5 Pedro Laín, en *Descargo de conciencia*, relata el ritual del ingreso de don Eugenio en Falange Española. Se trata de un testimonio que habla por sí solo de la compleja personalidad de d’Ors y de su gusto por la liturgia, así como de la importancia que concedía a los aspectos estéticos del catolicismo. Laín, testigo de los hechos, escribe lo que sigue: “He aquí el ceremonial. A hora de completas, reclusión del maestro, vestido ya de falangista, en la iglesia de san Agustín, advocación especialmente grata al neófito. (A través del balcón entreabierto, Rosales, Torrente y yo, apostados en la plaza del Castillo, estamos viendo cómo unas botas altas van cubriendo sus albas pantorrillas). Durante toda la noche, lúcida vigilia en el templo y meditación sobre el Espíritu Santo a la luz de las también agustinianas páginas del tratado *De Trinitate*. A la mañana siguiente, misa temprana, oficiada por Yzurdiaga. Ante el altar, el gran pastel de bizcocho con que luego serán convidados los asistentes y la espada que servirá para rúbrica final del rito, un viejo chafarote que de su casa ha traído Ángel de Huarte. Acabada la misa, el neófito se hinca de rodillas ante el celebrante, y éste le propina el espaldarazo ritual, previas las también rituales palabras que han compuesto para el caso Yzurdiaga y el propio maestro. Partición en trozos del pastel del convite, a cargo del ya ‘caballero falangista’, mediante la espada de la ceremonia. (Mientras eso se hacía, una beata madrugadora pasa ante la capilla, contempla lo que allí se hace, se persigna y se va. El vate Luis Rosales adivinó en ella la siguiente reflexión: ‘¿Qué será lo que estoy viendo? Misa corriente no es; boda o bautizo, tampoco. ¡Lo que pasa en estos tiempos, Señor!’). Apresurada deglución del bizcocho de cada uno de los con él obsequiados. Salida del templo y chocolate *ad libitum* en un café de la plaza del Castillo”; en LAÍN, Pedro, *Descargo de conciencia (1930-1960)* (Barral, Barcelona, 1976), 213-214.

Entre otros méritos, hay que destacar su esfuerzo por recuperar el tesoro del Museo del Prado, que se había trasladado a Ginebra durante la guerra, y la reapertura del Museo, así como el inicio de las Bienales Hispanoamericanas de Arte o la fundación de la Academia Breve de Crítica de Arte en Madrid. En 1946, en Vilanova i la Geltrú, fundó la Academia del Faro de San Cristóbal. El ministro Joaquín Ruiz-Giménez le nombró en 1953 catedrático extraordinario de Ciencia de la Cultura en la Universidad de Madrid. Eugenio d'Ors moría un año después, y fue José Luis Aranguren quien se hizo cargo del *Seminario Eugenio d'Ors de Ciencia de la Cultura*, que se creó en sustitución de la cátedra.

Entre las obras más importantes de Eugenio d'Ors cabe destacar *Genealogía ideal del imperialismo* (1905), *Tina i la guerra gran* (1914), *De la amistad y del diálogo* (1914), *Aprendizaje y heroísmo* (1915), *Oceanografía del tedi* (1916), *Grandeza y servidumbre de la inteligencia* (1918), *El Valle de Josafat* (1921), *Las ideas y las formas. Estudios sobre morfología de la cultura* (1928), *Introducción a la vida angélica* (1939), *Estilos de pensar* (1945), etc. Pero su pensamiento filosófico, aunque esparcido a lo largo de toda su obra, se encuentra sobre todo en tres obras principales: *La filosofía del hombre que trabaja y juega* (1914); *El secreto de la filosofía* (1947), y la obra póstuma *La ciencia de la cultura* (1964).

Cuando Aranguren se lanza a estudiar el pensamiento filosófico de Eugenio d'Ors, que dio como fruto su libro *La filosofía de Eugenio d'Ors*, expresa su preocupación por "el sentido que podía tener el ser católico para un hombre de la mitad del siglo XX"⁶; acude a Eugenio d'Ors como al pensador católico por excelencia del momento, aquél cuya obra entera se inspiraba en el catolicismo. Fue la primacía de lo religioso en el pensamiento dorsiano lo que captó la atención de un Aranguren que vivía entonces retirado en su finca de Ávila.

Eugenio d'Ors expone su pensamiento a lo largo de toda su obra, pero especialmente en esa "laicización" de la filosofía, como dirá Aranguren⁷, que son las *Glosas*. Su originalidad radica no solo en el carácter hondo y a veces insólito de sus planteamientos, sino también en cierto formalismo que hace que la filosofía dorsiana sea sistemática y contenga cierta circularidad. Es desde el citado trabajo de Aranguren, que en 1944 aparece como un conjunto de artículos, y al año siguiente como libro (*La filosofía de Eugenio d'Ors*)⁸, desde donde partimos para abordar los puntos más destacados de la antropología filosófica dorsiana. No en vano fue Aranguren quien acometió el importante trabajo de sistematización de esta filosofía que es preciso rescatar de olvidos injustos y volver a ofrecer a pensadores e intelectuales como ejercicio fecundo sobre el pensamiento y sobre la vida.

6 ABELLÁN, José Luis, Introducción a la edición de 1981 *La filosofía de Eugenio d'Ors*, 16.

7 ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 39.

8 La revista *Escorial* publicaba en sus números 48 y 49 (1944) el artículo de J. L. Aranguren "La filosofía de Eugenio d'Ors". En 1945 aparecía *La filosofía de Eugenio d'Ors* (Ediciones y Publicaciones Españolas -EPESA-, Madrid).

1. La filosofía dorsiana

Cuatro son las denominadas por Aranguren “Ideas-Madres” dorsianas: Catolicismo, Clasicismo, Ilustración y Humanismo integral. El pensamiento de Eugenio d’Ors se enarbola en torno a ellas, al tiempo que se constituye en un verdadero sistema filosófico presidido por tres partes, que corresponden, respectivamente, a tres libros del gran pensador de la cultura:

“el de la unidad, que es el sistema filosófico, la Doctrina de la Inteligencia o, en título exotérico, la Filosofía del hombre que trabaja y juega; el de la variedad, que es el Glosario y ‘busca la verdad en las cosas vividas’; y el de la acción, ‘escrito con sangre’, que es la lucha por la Cultura, la Heliomaquia”⁹.

La primera parte, el sistema filosófico, consta, a su vez, de tres apartados: la Dialéctica, la Poética y la Patética, y de dos aplicaciones: la Ciencia de la Cultura y la Angeología. Las partes segunda y tercera, representadas por las glosas dorsianas y la permanente sed de luz que se traduce en la persecución de la cultura en todos los órdenes de la vida, respectivamente, ya no se refieren al sistema filosófico como tal, sino a su vivencia, a su despliegue en lo concreto del vivir; por eso pertenecen a la propia acción del autor a favor del sistema que concibe y al desarrollo del mismo, y dibujan la visión que Eugenio d’Ors tiene del mundo, completamente embebida de su pensamiento filosófico.

La filosofía de Eugenio d’Ors, como indica Aranguren, no se construye de modo ascendente o descendente, sino “en círculo”¹⁰, de forma que se puede iniciar tomando como puerta de entrada cualquiera de sus partes. Desde el más sencillo o desde el más enrevesado rincón de la vida, se accede a este pensamiento, que constituye una totalidad, un sistema bien trabado donde la razón y la vida se imbrican y dan lugar al principio rector de la donación de la forma.

“Eugenio d’Ors es un filósofo sistemático –escribe Aranguren–, discípulo de aquellos dos grandes sistemáticos que fueron Leibniz y Hegel, y, como ellos, optimista e intelectualista”¹¹. El sistema filosófico dorsiano encuentra en la dialéctica su método, el *Novissimum Organum*, un método que es ante todo dialógico. Y este diálogo impregnará todo el sistema, desde un diálogo interior entre los diferentes estratos de la conciencia humana, hasta el diálogo en el seno mismo de la vida, donde abundan el diálogo entre los hombres, los pueblos, los pensamientos, las diversas maneras de aprehender el mundo y las visiones de los diferentes sistemas filosóficos concebidos.

La filosofía dorsiana es saber de ideas, de arquetipos, de símbolos. Intentando su-

9 ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d’Ors*, p. 42.

10 *Ibid.*, p. 43.

11 *Ibid.*, p. 120.

perar el debate filosófico entre el intelectualismo y el intuicionismo, y haciendo gala de su esencia dialógica, esta filosofía no concibe la intuición como una manera meramente subjetiva e irracional de aprehender la realidad, sino como verdadera “intuición eidética” que no se limita a lo puntual de la intuición, tal como ésta venía entendiéndose. Para Eugenio d’Ors, se pueden captar aspectos de la realidad universal partiendo de la realidad individual de las personas. Por eso la intuición dorsiana es captadora de forma, al estar la razón inscrita en la vida. Y por eso es posible filosofar, pues filosofar consiste en “ordenar la realidad bajo especie de figura”¹². Así, este pensamiento figurativo puede considerarse como *imposición de la forma*: gracias a la impregnación de razón que contiene la vida, puede el hombre ordenar el mundo, *darle forma*. Y si la razón está inscrita en la vida, la vida misma queda impregnada de filosofía, y por ende, de cultura.

Hay en la concepción dorsiana del mundo una pugna entre la Naturaleza (el “Mal”) y el Espíritu (el “Bien”), y su resolución no puede consistir sino en el triunfo del Espíritu, el triunfo de la Cultura a través de la “información” de la Naturaleza, del sometimiento de ésta al Espíritu: se trata de hacer Cultura de Natura, de hacer de la tierra un parque, más que una selva virgen¹³. Eugenio d’Ors concibe la cultura como “la suma de significaciones, acontecimientos y figuras que, dentro de lo histórico, se destacan con un doble valor de universalidad y de perennidad”¹⁴.

Con su sistema presidido por la figuración, Eugenio d’Ors acomete lo que denomina su “reforma kepleriana de la Filosofía”. Al igual que la física de Kepler reemplazó los círculos por elipses cuando trataba del cielo, el sistema dorsiano, fiel a la forma, toma como modelo la elipse porque esta figura tiene dos focos y no un único centro como el círculo. En esos focos coloca Eugenio d’Ors la Razón y la Vida, los dos grandes centros rectores de su pensamiento. Razón y Vida se interpenetran; se trata, así, de que, con inteligencia, dado que la vida está impregnada de razón, el hombre llegue a ordenar su propia vida y el mundo circundante. “Punto esencial en el sistema –escribe Eugenio d’Ors– es la distinción entre Razón e inteligencia; como instrumento, la primera, del conocimiento científico; la segunda, del conocimiento filosófico”¹⁵. La inteligencia, a la que el filósofo suele referirse con la palabra catalana *seny*, viene a ser un compendio de razón pura y de razón práctica. Y filosofar consiste en afrontar la vida haciendo gran acopio de sentido común, a sabiendas de que la razón la habita; pero también en “informarla”, darle forma, ordenarla, sirviéndose de la inteligencia, que es instrumento básico de la filosofía.

La “reforma kepleriana” que acomete Eugenio d’Ors trae consigo, además, en el orden de la Dialéctica, la sustitución de los viejos principios racionalistas de razón suficiente y no-contradicción por los de *función exigida* y *participación*, respectivamente. El principio de función exigida establece que “todo fenómeno está en relación con otro

¹² *Ibid.*, p. 69.

¹³ *Ibid.*, p. 56.

¹⁴ *Ibid.*, p. 85.

¹⁵ Citado en *La filosofía de Eugenio d’Ors*, p. 117.

anterior, concomitante o posterior"¹⁶; rompe con la causalidad y la finalidad que enceberraba el principio de razón suficiente y, como escribe Aranguren, "el resultado de tal sustitución es que no puede hablarse ya de la *machina mundi*: 'el universo no es una máquina; el universo es una sintaxis'"¹⁷. Por su parte, el principio de participación, con expresión dorsiana, "impone a cualquier realidad la necesidad de ser, *hasta cierto punto*, su contraria"¹⁸, reavivando así la *coincidentia oppositorum* que predicaran filósofos como Nicolás de Cusa, y han venido intuyendo los místicos de todos los tiempos.

Con estos dos principios de la inteligencia, Eugenio d'Ors considera al hombre en todas sus dimensiones y apunta hacia un conocimiento integral del mundo y de esa vida impregnada de razón, donde participan, además de los elementos racionales, elementos empíricos como la intuición, el sentimiento o el gusto; el *seny* viene a ser una suerte de síntesis de todos ellos. La Dialéctica es, así, el método de la filosofía dorsiana, construido a base de diálogo y de ironía, ironía que remite a la socrática y equivale a "libertad de espíritu", "poética", "posición de alteridad"¹⁹. Por medio de esta dialéctica, el hombre realiza un ejercicio esencial de ordenación del mundo, que le permite entrar en sí mismo y acercarse a cuanto le rodea. Así va el ser humano comprendiéndose como hombre, al tiempo que, en un ejercicio unitario de comprensión, llega a comprender el mundo en el que vive.

"El pensamiento orsiano –escribe Aranguren– no es 'lógico', esto es, cosa del puro *Logos*, del espiritual *Nous*, sino 'dialógico' y 'poético', esto es, perteneciente al 'sentido', a la potencia, siempre en acto, de pensar, a lo que por naturaleza desea ser constantemente superado; es, en una palabra, cosa de la *Aletheia*"²⁰.

La Poética es el segundo apartado del sistema filosófico dorsiano. Como se ha indicado, la filosofía de Eugenio d'Ors quiere ser una filosofía del hombre completo, es decir, *el hombre que trabaja y juega*. La Poética viene a ser el tratado de cuanto tiene que ver con las elaboraciones humanas. "*Sapere, ludere y fabricare* son las tres formas posibles de *poiesis*, de creación, de dominio de la naturaleza o resistencia por la Libertad", escribe Aranguren²¹. Estas tres formas de creación dan lugar a tres tipos de cultura: la *Kennenkultur* o humanidades del conocer, la *Wertenkultur* o humanidades del valorar, y la *Machenkultur* o humanidades del hacer, es decir, la técnica. Pero el hombre, cualquiera que sea el tipo de *poiesis* hacia el que oriente su vida, ha de realizar una *poiesis* primera: ha de hacerse a sí mismo según el modelo de lo poético puro. Este modelo lo presenta el filósofo en la Angeología, una de las aplicaciones de su doctrina.

¹⁶ *Ibid.*, p. 119.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 45.

¹⁹ ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 46.

²⁰ *Ibid.*, p. 45.

²¹ *Ibid.*, p. 131.

El tercer apartado del sistema dorsiano es la Patética, el tratado de lo que en el hombre es pasividad, inercia de la fatalidad. El ser humano está expuesto a todos los fenómenos que suceden en el amplio contexto del mundo: desde las limitaciones propias de la biología y la naturaleza circundante, hasta los grandes procesos cósmicos del universo, sin olvidar su constante relación con la vida y con los demás hombres, donde tienen lugar manifestaciones culturales, pero también hechos que no siempre le cubren de gloria. En este punto es donde inserta el filósofo su noción de pecado, considerado como fruto de la irracionalidad, de la temporalidad, del movimiento, del desorden... El pecado entra a formar parte del mundo en cuanto se considera que el mundo físico está como escindido en medio del antagonismo entre la Razón y la Historia. El hombre, expuesto a la inercia de la fatalidad, sometido a la actividad inevitable del mundo físico, es arrastrado por una pasividad que le hace receptor de muchos golpes; y cuando no reacciona como hombre íntegro, sabedor de una revelación que trasciende toda inercia, cae en el pecado. “El pecado es esencial en el mundo –escribe Eugenio d’Ors– y sin recurso a la idea de pecado resultaría inútil querer construir, no digamos ya una cosmología completa, sino, de llevarse con rigor las cosas, el tratado de física más discretamente elemental”²².

En la Patética inscribe también nuestro autor su *filosofía de la Cruz*. Eugenio d’Ors traslada una noción religiosa y moral, la de la cruz, al terreno de una nueva Matemática, y la medita en su pura significación metafísica²³, fijándose en la forma y la figura de la cruz, y escudriñando nuevos campos de significado. D’Ors es, ciertamente, el “gran filósofo de las formas”²⁴.

Las grandes aplicaciones del sistema filosófico dorsiano son la Ciencia de la Cultura y la Angeología. La Ciencia de la Cultura corresponde a la filosofía de la historia, pues consiste en una meditación sobre la historia, abocada a destacar las “constantes” que la configuran, y a separarlas del contingente, azaroso, simple y efímero acaecer. La Historia consiste en un “devenir”, pero también encierra su parte de “ser”, y Eugenio d’Ors distingue en ella, junto al elemento “corriente”, el elemento “figura”, ya que, además del transcurrir, percibe en la historia ostensibles permanencias. Las constantes de la historia son como puntuales *epifanías* que reaparecen, constituyendo así porciones del ser de la historia que aportan sentido; las denomina *eones*. Configura así una visión “morfológica” de la historia, cuya forma general es la de una enorme línea curvada en espiral.

²² *Ibid.*, p. 161.

²³ “El fundamento de la meditación orsiana sobre la cruz –escribe Aranguren– es la doctrina de Minkowski y su propia tesis doctoral: la cruz como figura matemática. La incidencia de la línea del tiempo en la línea del espacio determina objetiva, física, y metafísicamente un punto -cruz-, y una serie de puntos -cruces-, indivisibles, esto es, una sucesión discontinua, por la cual cualquier móvil ha de avanzar dando “saltos”, pasando de un reposo a otro reposo. En la tesis anterior veíamos que el movimiento y el tiempo, consecuencias del pecado original y privación de la sosegada eternidad, significan la muerte. Perspectiva terrible, destino de toda vida. Pero, ahora, la cruz viene a verter sobre nosotros una maravillosa serenidad. Estas incidencias espacio-temporales que analizamos, estos cruces -estas cruces-, asimilando el tiempo a la mente humana, como el cuerpo asimila un alimento que, sin su digestión sería tóxico, vencen al tiempo y con él a la muerte”. En *La filosofía de Eugenio d’Ors*, p. 162.

²⁴ *Ibid.*, p. 160.

En medio de este devenir histórico dotado de porqué, en esta alternancia de epifanías o eones, Eugenio d'Ors entiende por Cultura “la suma de significaciones, acontecimientos y figuras que, dentro de lo histórico, se destacan con un doble valor de universalidad y de perennidad”²⁵. En el sistema dorsiano, la Cultura está enfrentada a la Naturaleza: Cultura contra Natura. Se trata, como se ha señalado, de que, aprovechando la “racionalidad” ínsita en la vida, el hombre, con su inteligencia, dé forma a la Naturaleza para que ésta se transmute poco a poco en Cultura. Es la “doma” de la naturaleza: una suerte de “colonización” donde la *cultura* es cultivo de la naturaleza. Tal labor confiere al hombre un profundo anhelo de verdad que aviva en su interior la sed de conocer su mundo. Es así como se instaura en el hombre la *Heliomaquia* o lucha por la luz, búsqueda de la ilustración, de la cultura.

En la Angeología, segunda aplicación del sistema dorsiano, hay que destacar su metafísica de la personalidad, por su interés y originalidad. Sin olvidar que la Angeología constituye una contribución de Eugenio d'Ors al campo de la Teología.

2. La concepción dorsiana del hombre

Lo más destacado de la Angeología es su repercusión en la teoría de la personalidad de Eugenio d'Ors. El pensador catalán propone una nueva antropología, caracterizada por una visión tripartita del hombre, donde lo novedoso es el elemento *sobreconsciente*. El hombre “total” dorsiano tiene subconsciencia, consciencia y sobreconsciencia. “Si al lado de la conciencia hay una subconsciencia —escribe—, ¿por qué no ha de existir igualmente una ‘sobreconsciencia’?”²⁶.

“La conciencia aparece, así, limitada por la subconsciencia y la sobreconsciencia —dirá Aranguren—. A aquélla, demasiado tenebrosa, no llega su luz. Esta otra, al revés, es por sí demasiado luminosa para que en ella la conciencia pueda “ver”. La subconsciencia es el campo de la bestia. La conciencia, el medio del alma. La sobreconsciencia, la región en que el Ángel gobierna”²⁷.

Así, el ser humano visto por Eugenio d'Ors está constituido por estos tres elementos: cuerpo, alma, y una tercera parte que no hay que denominar “espíritu”, sino Ángel. Si lo estrictamente humano en el hombre es el alma, y lo infrahumano “el animal que hay en nosotros”, el Ángel corresponde a la dimensión sobrehumana del hombre, a su parte, por así decir, divina. La idea dorsiana de personalidad consiste en la comunicación entre estos tres estratos o dimensiones del ser humano. Fiel a su concepción dialógica de la vida, nuestro autor considera que una personalidad bien formada es la de quien logre hacer realidad en sí mismo este diálogo entre su parte consciente —alma—,

25 *Ibíd.*, p. 85.

26 D'ORS, Eugenio, *Introducción a la vida angélica. Cartas a una soledad* (Editoriales reunidas, Buenos Aires, 1941), 38.

27 ARANGUREN, José Luis L. *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 59.

su porción instintiva –cuerpo “animal”–, y esa parcela humana demasiado luminosa para que la conciencia pueda abordarla por entero, que enlaza con lo más alto, y a la que denomina Ángel. Si autores como Freud, desde el psicoanálisis, han insistido en la comunicación entre el animal y el ser humano en los diversos estratos de la personalidad, Eugenio d'Ors pone el acento precisamente en la conversación que cada hombre establece con el Ángel.

“Esta ‘sobreconsciencia’ o ‘hiperconsciencia’ se distingue, además, de la subconsciencia, en el hecho de que, mientras que ésta tiene su causalidad en el pasado y ‘gravita’, si cabe decirlo así, hacia el pasado, la sobreconsciencia, inversamente, tiene su centro de gravitación, no en el pasado, sino en el porvenir. Así, el instrumento adecuado para el funcionamiento de lo subconsciente es la ‘reminiscencia’, es decir, las huellas que la vida deja en lo profundo del espíritu, sin que lo advierta el mismo espíritu. (Freud ha captado muy bien este aspecto de la cuestión). En cambio, el instrumento de la sobreconsciencia y su revelación ordinaria constituye lo que se llama ‘vocación’, que anticipa en una vida humana los mandatos de una ley que, siendo ‘interior’ por su asiento, es ‘superior’ en razón a su valía”²⁸.

Y así, del entrañado diálogo con el Ángel extrae el hombre la expresión de su esencia última, su propia vocación. En la vocación está predeterminado todo el ser del hombre. La vida entera es, para Eugenio d'Ors, vocación y misión, y consiste en la búsqueda del quehacer personal que a cada ser humano le ha sido encomendado. El Ángel es quien conoce la vocación de cada persona, quien tiene la clave de la vida humana, y el único que puede dársela a conocer a cada ser humano. Por eso afirma el filósofo que “Vivir es gestar un Ángel para alumbrarlo en la eternidad”²⁹. Conversando con el Ángel de la Guarda, el ángel custodio y personal, descubre cada ser humano la razón de su vivir, el porqué de su existencia, su vocación, su propia esencia. La ordenación de la vida, dándole forma a través de la inteligencia –recuérdese que en esto mismo consiste para Eugenio d'Ors la filosofía–, penetra aquí en la dimensión personal. Persona es para nuestro filósofo “hombre asistido por un Ángel”³⁰. E “informar” la vida no es sino tomar las riendas de la misión personal de cada cual, por medio de la indagación en el sentido del propio vivir y el descubrimiento de la vocación personal. Pero el Ángel está también presente en cualquier pensamiento profundo, en todos los aspectos de nuestro cuestionamiento vital a la búsqueda de un sentido. De manera que pensar filosóficamente consiste para Eugenio d'Ors en “dialogar con el Ángel de la Guarda”³¹.

La Dialéctica atraviesa así toda la filosofía dorsiana, quedando de esta manera reflejada en la Angeología, la hermosa génesis de la Poética. Dialéctica, Poética y Patética vienen a constituir un sistema bien trabado, portador de una coherencia sorprendente. A lo largo de su desarrollo, aparece una intensa búsqueda de claridad que

28 D'ORS, Eugenio, *Introducción a la vida angélica*, op. cit., pp. 174-175.

29 *Ibid.*, p. 187.

30 *Ibid.*, p. 139.

31 Citado por Aranguren en *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 60.

se halla impregnada de un profundo sentimiento católico de la vida. Este pensamiento remite espontáneamente a la expresión de la primera carta de San Juan: “Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna” (I Jn, 1, 5).

3. Una filosofía católica

Para Eugenio d'Ors, el pensamiento se encarna y desarrolla a través de la expresión. La misión del filósofo –pero también la de todo hombre– es la de dar forma a los elementos del mundo que le rodea. Esto lo realiza cada ser humano en el transcurso del desvelamiento de la propia vocación, desentrañada en diálogo con el Ángel. La primacía de la forma es tan amplia, que Eugenio d'Ors se refiere al “primado católico de la forma”, entendiendo la palabra “católico” en su acepción de universal. Esta insistencia en lo formal parece, sin embargo, encerrar cierto rechazo de la interiorización. En efecto, en el pensamiento dorsiano comparecen dos actitudes contrapuestas: la profundización de la reflexión, por una parte, y la acentuación de la apariencia, de la superficie como expresión, por otra. Y es que el filósofo aúna el pensamiento, que es interiorización, con una exteriorización que en su planteamiento es capaz de contener la esencia. Tal compensación es posible porque para Eugenio d'Ors hasta las intuiciones más hondas son “superficiales”, en la medida en que muestran su verdadero significado por medio de su expresión. Pensamiento e intuición, la filosofía toda, se engastan así en el primado católico –universal– de la forma.

Frente a planteamientos más interioristas, como el que adoptaría después José Luis Aranguren en *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Eugenio d'Ors recalca la importancia de lo formal y lo dialógico. Nuestro autor siente como una gran verdad la siguiente afirmación: “cuando las lenguas de fuego descienden, es siempre sobre la asamblea”³², e insta continuamente a permanecer en la tradición, a no olvidar, a huir de la tentación del “robinsonismo”. Aranguren replicará a su maestro invitándole también a “tener olvido” y a no confundir tradición y conservadurismo³³; lo que muestra que la reflexión de Aranguren sobre el pensamiento dorsiano no se limitó a la sistematización, sino que suscitó importantes reflexiones y una seria búsqueda personal.

Se puede afirmar que Eugenio d'Ors fue un pensador de antítesis, para quien el Catolicismo –palabra que siempre escribe con mayúsculas– es una síntesis entre cristianismo y clasicismo³⁴. En su obra de 1908 *Religio est libertas*, defiende como tesis principal que “la esencia óptica del hombre, que es vocación y libertad, encuentra su fundamento último, no en la filosofía, sino en la creencia, en la fe”³⁵. Es en la fe, y sobre todo en el acontecimiento central de ésta que es la Revelación, donde radica, para Eugenio d'Ors, la racionalidad por excelencia. A través de su inteligencia, instrumento

³² ARANGUREN, José Luis L. *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 83.

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*, p. 141.

³⁵ Citado en *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 89.

de la filosofía, el hombre ha de extraer de la religión esta racionalidad última. Si la religión tiene tal centralidad e importancia, es porque existe una necesidad racional de que la propia constitución del hombre haya partido de una Revelación, que ha sido la introductora de la racionalidad en el mundo³⁶. Y así afirma Eugenio d'Ors que religión es libertad, porque sólo a través de la religión puede lograr el hombre acceder a la racionalidad impresa en la vida y en su propio ser, hallando así el sentido de su vida personal, que reside en última instancia en la racionalidad que esconde la vida misma y el ser humano como parte privilegiada de ésta³⁷. Y es el Ángel –el sobreconsciente– quien descubre a cada persona este su propio porqué; de manera que, en diálogo con él, encuentra cada hombre su vocación, que es, junto con la libertad, la médula de la esencia humana.

Primado de la forma, primado de la religión, primado, en fin, de la que para Eugenio d'Ors es, por excelencia, la religión de la forma: el catolicismo. El catolicismo es la conciencia de la unidad espiritual de la humanidad en y a través de la Historia³⁸. Por sus dos elementos esenciales: la tradición y la ecumenicidad, el Catolicismo está íntimamente ligado a la Cultura, tal como la entiende nuestro filósofo, como una situación intelectual de la humanidad que ha adquirido conciencia de la continuidad en el tiempo (tradición) y de la solidaridad en el espacio (ecumenicidad). La Ciencia de la Cultura es, así, para Eugenio d'Ors, pura doctrina católica³⁹.

Estos dos elementos propiamente católicos, tradición y ecumenicidad, contrastan con el Protestantismo porque, según Eugenio d'Ors, éste carece de ellos y de otros componentes que habrían de dotarlo de expresión y figuración, como son la autoridad, la legítima coerción o la definición de verdaderos dogmas. El protestantismo es una forma de religiosidad muy abstracta, que no está presidida por la suprema unidad de idea y de forma por las que se caracteriza el catolicismo. Al carecer de formalidad, la religiosidad protestante tiende a lo particular, a quedarse en el fuero interno del sujeto. Esta realidad, denominada por Eugenio d'Ors “sentido espiritual del luteranismo”, conlleva un séquito de males para la inteligencia: soledad, abstracción, vida interior, individualismo, libre examen, antitradicionalismo y nacionalismo religioso⁴⁰. Y como la inteligencia es el instrumento de la filosofía, se trata de males que, en última instancia, inciden en el desciframiento del mundo, en su comprensión, en la capacidad de hallar un sentido a la propia vida. “Así como el pensamiento es diálogo –escribe Aranguren glosando a d'Ors–, la vida es compañía, colaboración, sociedad. El deber correspon-

36 “Casi todos los dogmas –escribe Aranguren refiriéndose a E. d'Ors– han atraído su consideración. El misterio del Dios Uno y Trino, la Encarnación, la Epifanía, la Redención –soteriología–, la Resurrección de la Carne –es decir, de la forma–, la Ascensión, Pentecostés y las Fiestas de María, consagraciones del Eterno Femenino, son particularmente amadas por él. Acaso sea Pentecostés –sin olvidar el día de los Santos Ángeles Custodios– su más bella fiesta del año”. En ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 90.

37 *Ibid.*, p. 54.

38 *Ibid.*

39 *Ibid.*, p. 85. “El ‘eón’ arquetípico es Cristo, ser temporal, histórico, hombre, y, a la vez, ser sobrenatural, eterno, Dios”, escribe Aranguren.

40 *Ibid.*, p. 171.

diente es abandonar la soledad, curarse de esa enfermedad moderna que se conoce con el nombre de 'vida interior'⁴¹.

El aspecto fundamental de la idea dorsiana de salvación radica en la asistencia mutua de todos los hombres para descifrar el curso de la historia común. Descubrir la propia vocación en diálogo con el Ángel es tarea personal de cada ser humano, pero la fuerza de tal quehacer adviene por la ecumenicidad, que desarrolla un sentimiento católico de la vida expresado en la relación de *proximidad*, donde el filósofo ubica la base de la Cultura⁴². Es cierto que Eugenio d'Ors parece combatir cierta vida interior, sin embargo, el diálogo con el Ángel que propone no puede llevarse a cabo más que en una mirada laboriosa hacia los adentros... Se trata del juego de la dialéctica que impregna toda su obra. Aranguren, por su parte, no ahorrará críticas al maestro en su debate personal entre el catolicismo cultural dorsiano, que tanto le atrajo al principio, y un catolicismo existencial que empieza a sentir cada vez más como propio. "Tan lejos está la filosofía orsiana de la intimidad y la soledad –escribe Aranguren–, que nace, justamente, del diálogo, de la compañía, del 'ser-con', y consiste, sencillamente, en 'hablar'⁴³.

La filosofía de Eugenio d'Ors, frente a la "profundidad", propone una particular "superficialidad" porque viene definida por el primado de la forma, y ésta se expresa a través de la figura. El catolicismo encierra, así, en su misma esencia, la superioridad de la forma. Por eso una de las expresiones más queridas de nuestro filósofo es la Liturgia:

"la más hermosa realización del pensamiento figurativo, con su dación de forma sacra a la oración y su imposición de ritmos –los tiempos litúrgicos, las fiestas litúrgicas–, que insertan periódicamente la santidad en la vida cotidiana del hombre"⁴⁴.

Expresado con palabras de Aranguren, para quien la liturgia cobró una importancia capital en determinados momentos de su vida. Aranguren sitúa el tema del sentido estético de la liturgia dentro del denominado por él "catolicismo orsiano-guardiniano, clásico o clasicista, cultural-cultural, benedictinista de Maria Laach"⁴⁵.

4. La "pugna" entre lo católico y lo cristiano

Uno de los males que Eugenio d'Ors atribuye al luteranismo es su falta de sentido clásico de la vida. Para d'Ors, el catolicismo es una síntesis de cristianismo y clasicismo, como se ha visto; pero en esta ecuación el acento está puesto en el último factor.

41 *Ibid.*, p. 82.

42 *Ibid.*, p. 138.

43 *Ibid.*, p. 104.

44 *Ibid.*, p. 91.

45 ARANGUREN, José Luis L., *Obras Completas*, vol. 1, 211.

Lo clásico es para él una constante histórica, pues no se trata, como explica Aranguren, “del clasicismo como sentido de una época determinada, sino de lo clásico como una constante que se yergue por encima de todas las épocas, incluso por encima de la época greco-romana que fue la de su aparición o epifanía, y que a la vez está presente en todas ellas”⁴⁶. Eugenio d’Ors aboga por un catolicismo que siga siendo clásico porque, según su interpretación de la historia, la gran síntesis de cristianismo y clasicismo vino a quebrarse precisamente con el cartesianismo y el luteranismo⁴⁷; y esta quiebra se hizo en detrimento de lo clásico, saliendo favorecido el elemento “cristiano”. Una vez más el primado de la forma y la búsqueda del clasicismo en todos los órdenes de la vida influyen en la elección dorsiana del elemento clásico en detrimento del cristiano. Podemos afirmar, así, con Aranguren que la filosofía dorsiana tiene un fundamento antes católico que cristiano, pues hasta el mismo Eugenio d’Ors declara que el catolicismo entendido como clasicismo es anterior, cronológicamente, al cristianismo⁴⁸.

Y es que el catolicismo, en el sentido explicado, es “connatural” a Eugenio d’Ors. Porque “catolicismo” designa en el pensamiento dorsiano mucho más que una profesión de fe católica. Nuestro filósofo se refiere también a su catolicismo “de sangre” y “por disposición espontánea del espíritu”, o a la posesión de un “alma naturalmente católica”, para los cuales “la ‘exterioridad’, la ‘forma’, la ‘carne’ y la ‘letra’ son inseparables del espíritu”, en palabras de Aranguren⁴⁹.

Toda la concepción filosófica dorsiana, especialmente lo correspondiente a la Poética, queda atravesada por el impulso de búsqueda de la Heliomaquia o lucha por la luz. En realidad, como hace ver Aranguren, la misión personal y existencial del propio Eugenio d’Ors consistió en este aspirar a lo luminoso a través de la Heliomaquia, que no es sino una *Aufklärung católica*, una nueva iluminación religioso-universal y tradicional, la búsqueda de un catolicismo luminoso, alejado de “misticismos embriagadores y de irracionalismos románticos”⁵⁰. Pero el riesgo que conlleva esta Ilustración católica es la reducción del catolicismo a cultura, a fuerza de identificarlo con ésta. Esta concepción del catolicismo como luz que irradia por doquier entraña un particular modo de ser católico que comenzó atrayendo a Aranguren, pero en el que después hallaría serias dificultades.

“El modo como puede acontecer la reducción del catolicismo a cultura es plural. Si se toma del catolicismo su corteza de orden, disciplina, aglutinación social, organización, etc., vamos a parar a Comte. Si a esa estimación se agrega la del valor del catolicismo como vínculo histórico nacional o, más ampliamente, racial, *latino*, y su utilización política, el resultado es la familia espiritual que va de Taine –y antes Balzac, el hombre de talante católico, frente a Sainte-Beuve, alma protestante; el hombre que escribió: ‘Políticamente, pertenezco a la religión católica:

46 ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d’Ors*, p. 145.

47 *Ibid.*, p. 169.

48 *Ibid.*, p. 117.

49 *Ibid.*, p. 171.

50 *Ibid.*, pp. 169-170.

estoy al lado de Bossuet y de Bonald'— a Charles Maurras, pasando por Barrès, a quien se ha atribuido la frase *je suis athéiste mais je suis catholique*. Junto a esta politización del catolicismo puede vivirse éste desde un sentimiento puramente estético. Tal acontece a muchos artistas, atraídos por la belleza formal de los templos, las imágenes, la liturgia católica"⁵¹.

No se trata, pues, únicamente, de los riesgos de politización y degeneración estética del catolicismo. Aranguren detecta el peligro de reducir el catolicismo a cultura en las nociones principales del sistema dorsiano, así como cierta amenaza de catolicismo cultural en el conjunto de dicho sistema, pues toda la obra de Eugenio d'Ors está embebida de este catolicismo.

"Un poco más allá de él —afirma Aranguren en sus *Memorias*, refiriéndose a Eugenio d'Ors— se cae en el 'catolicismo cultural', para el que lo que importa es el valor 'clásico', luminoso, 'católico', pero no cristiano, de nuestra 'figurativa' religión. El protestantismo y, en especial, el luteranismo —el luteranismo del propio Martin Lutero, el de Kierkegaard, el de la filosofía existencial— es rigurosamente la concepción opuesta"⁵².

Así, la minuciosa y rigurosa tarea de sistematización de la filosofía del "gran filósofo de las formas" despertó en Aranguren una profunda reflexión sobre el pensamiento del que fuera su maestro, Eugenio d'Ors. Y como consecuencia de esta reflexión, Aranguren se distanció de él, y fue caminando hacia un catolicismo de corte más existencial. Es la reflexión que presenta en uno de sus libros más importantes: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*. "En 'diálogo' con d'Ors, me distancio de él", escribirá en sus *Memorias*⁵³. Pues el riesgo que veía en el catolicismo cultural de Eugenio d'Ors era el de que su propia religiosidad, de corte mucho más existencial, llegara a desvirtuarse por perder, en favor de la cultura y a la larga de la estética y de la política, su alma religiosa.

No obstante, no pocos aspectos de la filosofía dorsiana marcaron el pensamiento de Aranguren, a saber, la prioridad de las cuestiones religiosas, su concepción de la vocación personal, la atracción por la liturgia, mucho más viva en los años cuarenta y cincuenta; pero también la preponderancia orsiana del diálogo, en todos los órdenes de la vida, o la noción de *fuerza moral*, que cuajó en el pensamiento de Aranguren al considerar al ser humano como un ser estructurado moralmente.

* * *

Dejando a un lado las inquietudes de Aranguren en torno al catolicismo cultural dorsiano y el riesgo de que la religiosidad quedase desligada de su fuente interior, la

51 ARANGUREN, José Luis L., *La filosofía de Eugenio d'Ors*, p. 117.

52 ARANGUREN, José Luis L., *Memorias y esperanzas españolas*, (vol. 6 de las *Obras completas*, Trotta, Madrid, 1997), 201.

53 *Ibid.*